

Cardenal Dr. Isidro Gomá y Tomás

JESÚS ANDA SOBRE EL MAR. LA TEMPESTAD OTRA VEZ CALMADA

Mc. 6, 47-56 (Mt. 14, 26-36; Ioh. 6, 6-21)

Explicación. — El anterior milagro de la multiplicación de los panes y este de andar sobre las aguas, son como el preludio, dice Santo Tomás, de la doctrina sobre el Pan de la vida que pronto va a exponer el Evangelista. Con el primero, demuestra su inagotable poder para dar alimento corporal, de donde se deduce que lo tiene asimismo para darlo espiritual. Con el segundo, hace evidente el hecho de que puede substraerse a las leyes de la materia y transformar su cuerpo espiritual. Por estos dos milagros podrá Jesús exigir la fe en la doctrina de la Eucaristía, sacramento que va a prometer en la sinagoga de Cafarnaúm dentro de poco tiempo.

'Empujados', Mt., 'obligados', Mc., por el Maestro, a quien intentarían seguir en su ascensión al montículo, debieron retroceder los Apóstoles, mal de su grado, hacia el mar; la noche se echaba encima y Jesús quería que pasaran a la otra parte del lago: Y como se hiciese tarde, bajaron sus discípulos al mar. Soltaron las amarras de la barquilla en que habían venido y navegaron haciendo rumbo hacia Cafarnaúm, en cuyas cercanías está Betsaida. Y, habiendo entrado en la barca, pasaron a la otra orilla, hacia Cafarnaúm.

Da aquí Ioh. dos detalles que revelan la ansiedad y el temor con que realizaban el viaje: la oscuridad de la noche y la falta de la compañía de Jesús: Y había ya oscurecido; y no había venido Jesús a ellos. Marcos revela aún más el estado de congoja en que la tripulación se hallaba: había cerrado la noche y les separaba de Jesús buen trecho de agua, adentrados como se hallaban en el mar: Y como fuese tarde, la barca estaba en medio del mar, y él solo en tierra. Causaba la congoja el mal estado del mar sobre el que se había desencadenado furioso vendaval del norte: Y el mar alborotábase por un viento grande que soplabla. Y la barquilla, fuera ya del abrigo de la tierra, en medio del mar, era combatida por las olas.

A la claridad de la luna, pues era probablemente la antevigilia del plenilunio de Nisán, de la Pascua, Jesús ve, desde el promontorio en que subió a orar, la barquilla agitada por las olas y a sus tripulantes que, a fuerza de remos y luchando con el viento que les viene de estribor, tratan de ganar la orilla occidental: Y viéndoles (Jesús) remar con gran fatiga (pues el viento les era contrario)... Tan contrario les era, que habiendo embarcado al anochecer, y en una travesía de tres horas en tiempo normal, se hallaban aún lejos de tierra sobre las tres de la madrugada: Y a eso de la cuarta vigilia de la noche, de tres a seis de la mañana...

Narra aquí el Evangelista el prodigio con sencillez sublime: Vino a ellos (Jesús) andando sobre el mar, contraviniendo las leyes de, la gravedad y demostrándose Señor de los elementos. Jesús se aproxima a la barca, pero no va de frente a ella, sino en ademán de pasar de largo por el flanco del

navío: Y quería dejarlos atrás. El cuarto Evangelista, hombre de mar como todos ellos, puntualiza el camino hecho por la barca hasta la madrugada: Y después que habían navegado como veinticinco o treinta estadios, 4'5 a 5'5 kilómetros de camino, probablemente no en línea recta, para salvar los golpes de mar, ancho entonces allí de 60 estadios = 11 kilómetros, ven a Jesús caminando sobre el mar y que se acercaba a la barca. Es precioso este detalle de Juan, autor del Evangelio y testigo presencial del prodigio.

La aparición de Jesús en forma tan insólita llena a los discípulos de terror: Y ellos, cuando le vieron caminar sobre el mar, pensaron que era fantasma. Era natural el efecto psicológico del miedo: a las naturales congojas de quien ve en peligro su vida, se añade lo insólito de la visión nocturna de una sombra, de un cuerpo extraño sobre el agua; se añade a más el terror supersticioso de aquellos rudos marinos, que se habían criado entre consejas de espectros, fantasmas y vestigios nocturnos. Y una voz salió de sus pechos agitados: Y decían: ¡Qué es fantasma! El miedo es contagioso: en medio del mar embravecido, todos pierden la serenidad y todos gritan azorados: Y de miedo gritaron. Pues todos le vieron y se turbaron.

Ante esta manifestación de terror, Jesús se les acerca y les habla; la voz tan conocida de ellos les calma inmediatamente: Mas luego Jesús habló con ellos y les dijo: ¡Tened buen ánimo! Podían recobrar la serenidad y fuerzas, porque allí está el Señor de los elementos: Yo soy, no temáis.

Las palabras de Jesús obran lo que expresan. Pruébalo el ánimo de Pedro, el ardoroso, quien, ante el silencio de los demás, le dice a Jesús, en confesión magnífica de su poder: Y respondiendo Pedro, dijo: Señor, si tú eres, mándame ir a ti sobre las aguas; argumento irrefragable de la fe de Pedro, que reconoce que el solo mandato de Jesús dará firmeza a las aguas y a él ánimo bastante para arrojarse de la nave y echar a andar como sobre tierra firme. Y él dijo: Ven; y Pedro, bajando de la barca, andaba sobre el agua para ir a Jesús. Pero se hinchaban las aguas y el huracán azotaba a Pedro, y volvió a su corazón el miedo: Más, siendo el viento recio, tuvo miedo. Tuvo miedo porque titubeó en su fe: la palabra de Jesús le da fuerza; ahora es su debilidad la que quita eficacia a la palabra de Jesús, y las aguas ya no le sostienen; la naturaleza recobra su pesantez al desasirse el espíritu del clavo de la confianza en Jesús: Y como empezara a hundirse, dió voces, diciendo: ¡Señor sálvame! Con la plegaria breve y fervorosa, recobra la protección de Jesús: Y en seguida Jesús, extendiendo la mano, asió de él, y le dijo: ¡(Hombre) de poca fe! ¿Por qué dudaste? No es el ímpetu del viento quien te iba a hundir, sino tu falta de confianza en mí.

Dispusiéronse entonces los once a recibirlo en la nave: Quisieron, pues, recibirlo en la barca; con mayor gozo le recibieron por la pena con que se habían de él separado horas antes y por el peligro que sin él habían corrido: Y subió con ellos a la barca, y cesó el viento; un solo querer de la voluntad del Señor llevó la calma a los elementos y el sosiego a los fatigados discípulos. En su estupor, ante la repentina calma que sobreviene a la tormenta, rindiéronse los doce a los pies del Señor, confesando, emocionados y reverentes, la fe en su divinidad: Y los que estaban en la

barca vinieron, haciendo en su presencia señal de religioso acatamiento, y le adoraron, diciendo: Verdaderamente eres Hijo de Dios.

La lección que con ello recibieron los Apóstoles fue provechosísima. El milagro de la multiplicación de los panes no les ha abierto aún bastante los ojos sobre la omnipotencia de Jesús; este nuevo prodigio hace llegar hasta el fondo del alma de aquellos hombres marineros, que jamás pudieron sospechar semejante poder en un hombre, la convicción de la omnipotencia del Señor: Y más se maravillaban dentro de sí; porque no habían aún entendido lo de los panes. Y no lo habían entendido, a pesar de la claridad meridiana del prodigio, que bastaba para convencerles de su omnipotencia, porque su entendimiento y voluntad estaban como encallecidos para comprender las cosas de Dios: Por cuanto su corazón estaba ofuscado. Se necesitaba la reiteración de los prodigios, y tales prodigios, para que cayera la venda de sus ojos.

Cuanto había sido fatigosa la primera mitad de la navegación, así es ahora fácil y rápida: Y en seguida se encontró la barca en la tierra a la que iban. Iban a la orilla occidental del lago, y allí abordaron. Pero nótese que no atracaron en Betsaida ni en Cafarnaúm, como se habían propuesto; la fuerza del viento norte les había empujado hacia la parte meridional del lago, y desembarcaron en tierra de (Genesaret, entre Cafarnaúm y Tiberíades: Y hecha la travesía vinieron a tierra de Genesaret, y atracaron. Desde Magdala, al sur, hasta más arriba de Cafarnaúm, se extiende esta deliciosa llanura de Genesaret, de clima benigno, de vegetación variadísima, y cuya área alcanza cerca de seis kilómetros de longitud, a lo largo del lago, por unos cuatro de ancho; en ella, según Josefo, se cosechaban riquísimos frutos por espacio de diez meses del año, sin interrupción.

Dirigióse seguidamente Jesús a la ciudad de Cafarnaúm, en cuya sinagoga pronunció el famoso discurso que se comenta en los números que siguen y que sólo reproduce el cuarto Evangelio. Mt. y Mc. prescinden de este episodio, fijándose solamente en las funciones taumatúrgicas de Jesús en aquella región.

No podía ocultarse a la gente del país, y menos después del prodigio del día anterior en el desierto, la presencia del Señor: Cuando hubieron salido de la barca, al punto le conocieron hombres de aquel lugar, entre los que habría testigos del milagro de la multiplicación de los panes. Ocurrió a la presencia de Jesús lo de siempre: mientras unos recorrían aquella región anunciando la llegada del Señor: Y después que le conocieron, enviaron emisarios por toda aquella comarca; otros, recibida la noticia, le llevaban sus enfermos siguiendo la ruta de Jesús: Y los que recorrían toda aquella región, comenzaron a traer en los lechos a los enfermos adonde oían que él estaba. Otros esperaban que visitara sus poblaciones para demandar la salud para sus enfermos: Y dondequiera que entraba, en aldeas o en granjas o en ciudades, que todo lo visitaba Jesús en su bondad, ponían los enfermos en las calles, y le rogaban que permitiese tocar siquiera la orla de su vestido. Eran las orlas, que la Vulgata llama 'fimbrias', unos hilos de lana o lino, trenzados a veces a guisa de cordones, que colgaban de los ángulos del

manto o pieza exterior del vestido de los judíos; los prescribía la Ley, y en la mente del legislador debían ser un memorial perpetuo de los mandamientos de Dios (Num. 15, 38-41). Este carácter sagrado de las orlas era lo que estimulaba a las multitudes a tocarlas con preferencia a las demás piezas de la indumentaria de Jesús. Quizás contribuyó a ello la noticia de la curación de la hemorroísa, obrada en Cafarnaúm y lograda por este contacto.

Y cuantos le tocaban, quedaban sanos: no pudiendo Jesús imponer sus manos a todos los enfermos, comunicaba benigneamente virtud curativa a sus vestidos para hacer más copiosa su misericordia. Con estas lacónicas palabras refiere el Evangelista la gran epopeya de la piedad, del poder y de la misericordia de Jesús para con aquel pueblo, que obtenía la curación de los enfermos del cuerpo y no quiso curar la gran dolencia de la incredulidad de su espíritu.

Lecciones morales. — A) v. 47. — *La barca estaba en medio del mar...* — La barquilla es nuestra vida: la tempestad nos la llevamos cada uno de nosotros, dice San Agustín, porque la levantan en nuestro espíritu los vientos de toda concupiscencia. Mientras nosotros estamos bogando con viento contrario, resistiendo el empuje de las fuerzas bajas de la vida, Jesús nos mira desde el monte del cielo. No nos socorre a veces inmediatamente para ejercitarnos en la paciencia y en los trabajos; pero 'siempre ruega intercediendo por nosotros' (Hebr. 7, 25). Y cuando parecen agotarse nuestras fuerzas, se nos hace presente, a veces en forma extraordinaria, para sacarnos del peligro. Esperemos siempre con paciencia y confianza su socorro, sin, cejar un momento en la lucha.

B) v. 48. — *Y quería dejarlos atrás...* — Hace ademán Jesús de pasar de largo junto a sus discípulos, extenuados ya por la fatiga; pero es, dice San Agustín, para que salga de sus pechos el grito de angustia revelador de la miseria en que se hallan. Entonces se acerca a ellos, Jesús, les habla con blandura y les quita todo temor. Así nos sucede a nosotros: parécenos a veces, mientras nos estamos debatiendo con nuestros enemigos, que Jesús pasa de largo junto a nosotros, sin que nos brinde ningún consuelo, sin que cuide de las fuerzas que nos aturden y acorralan. Es entonces la hora de que oiga Jesús el grito de nuestra debilidad y angustia. No tardará en venirnos entonces el socorro.

C) v. 51. — *Y subió con ellos a la barca, y cesó el viento.* — La compañía de Jesús siempre da paz. El es el Rey pacífico, que vino a la tierra a traer la paz de buena voluntad a los hombres. Si trae la guerra alguna vez, es para dar mayor paz, porque la trae para anular todo elemento de perturbación en nuestra vida. Así lo vemos en esta circunstancia anda pacíficamente sobre las turbadas olas; produce la paz en el corazón de los discípulos; pacifica los elementos. Si ha consentido unos momentos la turbación de sus Apóstoles es para afianzarles más en su fe y hacerles inmovibles. Por ello vemos que los que supieron penetrar la grandeza del milagro de la multiplicación de los panes, ahora se prosternan ante Jesús y le adoran como Dios.

D) v. 51. — *Y más se maravillaban dentro de sí...* — La presencia sensible de

la divinidad produce siempre pasmo en nuestro espíritu: es tan grande Dios, y nosotros tan pequeños! Y esta presencia de Dios, la hemos experimentado cien veces en nuestra vida, si no de una manera corporal y milagrosa, como los Apóstoles, en forma de intervenciones insólitas, verdaderamente providenciales, de manera que hemos tenido que decir: Aquí está la mano de Dios! Como la presencia sensible del poder de Jesús iluminó el espíritu de los Apóstoles para comprender más a Jesús, así hemos de aprovechar estas extraordinarias coyunturas, para recoger la luz que en ellas envuelve Dios y pedirle nos sirva ella para mejor conocerle y conocer lo que en nosotros hace y lo que de nosotros quiere.

E) v. 55. — *Recorrían toda aquella región...* — Nos dan los habitantes de la tierra de Genesaret una lección de caridad. Al abordar en sus playas el divino Médico, corren diligentes a anunciar la nueva por toda la región para que se beneficien del poder misericordioso de Jesús sus hermanos enfermos. En el orden material, y más aún en el espiritual, debiéramos imitar a aquellos galileos, difundiendo entre nuestros prójimos, en las variadas formas que nuestro celo nos sugiera, el nombre, el pensamiento, los ejemplos y los mandatos de Jesús, contribuyendo a 'formar atmósfera' en que las almas de nuestros hermanos respiren el suave y eficacísimo olor de Jesús. Todos, sacerdotes y seglares, cristianos de toda condición, podemos ser, bajo este punto, apóstoles de Jesús y factores de la dilatación de su reino.

F) v. 55. — *Comenzaron a traer en los lechos a los enfermos...* — Otro acto de caridad de los allegados de los enfermos. Triste y gozoso espectáculo a la vez el de Jesús atravesando serenamente calles y plazas, por entre hileras de parihuelas donde yacían los enfermos! Es la misericordia de Dios en presencia de la miseria humana; el Médico del cielo entre las torturas de los males de la tierra. Aun hoy se reproduce el simpático episodio. Jesús acude al lecho del enfermo, convive con toda humana desgracia en hospitales y sanatorios, manicomios y casas de corrección. En el orden espiritual visita las inteligencias y corazones extraviados y se pone en contacto con todos los enfermos del alma que no le rechazan. Ayudemos, como los paisanos de la tierra de Genesaret, a este contacto de los hombres con Jesús, de quien viene todo bien; y sólo bien.

G) V. 45. — *Le rogaban que permitiese tocar siquiera la orla de su vestido...* — Toca a Jesús quien con fe se llega a Jesús, dice San Agustín. Este contacto de las almas con el Señor es el que les hace bien. El contacto corporal no es más que un símbolo y como un instrumento por donde llega a nosotros la virtud de Jesús. Así sucede con los sacramentos, que son como el envoltorio en que Jesús ha escondido la fuerza de su divinidad. Y si la fe rudimentaria de aquellos judíos y el simple contacto de las franjas de su vestido les hizo tanto bien, ¿qué no podremos nosotros esperar del contacto con Jesús por los sacramentos, divinos instrumentos de su poder, especialmente del mayor de todos ellos, el de la Eucaristía, en que no sólo tocamos, sino que comemos el santísimo Cuerpo del Redentor?

H) v. 56. — *Y cuantos le tocaban, quedaban sanos...* — Es la gran función del Hijo de Dios hecho hombre: sanar a los hombres sus hermanos que entran

en contacto con El. Todo lo sana: la inteligencia con su verdad; el corazón con su amor; la vida entera orientándola a un fin sobrenatural que no es otro que el mismo Dios. Sana los individuos y los pueblos. Tiene un remedio para cada dolencia, y su terapéutica divina tiene recursos para todo mal que aqueje a la humanidad en su evolución a través de los siglos. La 'salvación', esta palabra que resume toda la eficacia y toda la divina filosofía de la religión de Jesús, no es en definitiva más que la total sanidad, eterna sanidad de los hombres que la logren: porque en el cielo, dice San Agustín, todo es salud, del cuerpo y del alma. Y estas palabras: 'cuantos le tocaban, quedaban sanos', se realizarán de lleno, dice San Jerónimo, cuando nos veamos libres del llanto de esta vida.

(El Evangelio Explicado Vol. II Ed. Rafael Casulleras, Barcelona, 1949, Pág. 362 y ss)